

PUEBLO CONTINENTE (III)

Antenor Orrego

EN EL CAMINO DE LAS PRIMERAS REALIZACIONES

1º EL SENTIDO CREATIVO DEL PROCESO REVOLUCIONARIO

I EL NARCISISMO DE LA TERCERA INTERNACIONAL

La tercera Internacional y el movimiento ruso se comportan(1) frente a los demás pueblos, como un niño sin experiencia histórica y espiritual, que quiere verse a sí mismo reflejado en el exterior, quizá con aquella ansia inconsciente y voraz de conocerse, de inquirir su propia imagen, de *autoverse*, como proyección y reflejo, en los otros. Mas, este conocimiento indirecto y de resonancia, que sólo puede desear la puericia inmadura, es siempre falso y deforme, como es falsa la imagen que devuelve el espejo. En el mejor de los casos, para lograr una imagen aproximada y leal que no nos mienta, o que nos mienta menos, precisa bruñir una superficie, alisarla de todas las aristas y asperezas, azogarla con tan perfecto cuidado que la proyección o reflexión de la imagen se produzca con la máxima verdad posible. Empero, que tienen aristas broncas y ondulaciones profundas, codos replegados y salientes cimera, prominencias empenachadas de lumbre y cimas o cavernas precipitadas envueltas en tinieblas, perfiles rectilíneos y claros juntos a quingos y zigzags sinuosos y fortuitos. Por eso, la autovisión que pretende el niño es siempre falaz y engañadora, pueril y desvalida.

Todos los grandes errores del movimiento ruso y el fracaso temporal del socialismo en Europa, como lo demuestra el triunfo del nazismo en Alemania y del fascismo en Italia, se deben, en gran parte, a eso que podríamos llamar su narcisismo infantil, que pretende pulir y azogar a los demás pueblos para que le retornen su propia imagen, proyectándose en los otros. Hasta qué grado es ridícula y desvalorada esta proyección se revela en las directivas estratégicas y tácticas del comunismo, impartidas desde Moscú, en las que se olvida que cada pueblo es

un todo concluso, una ley en sí mismo, un proceso autónomo, un caso. Para los efectos de la terapéutica capitalista y de la realización del socialismo es, también, cierto, aquello de que no hay enfermedades sino enfermos, aunque todas las enfermedades sociales de los diferentes climas encajen dentro del amplio cuadro general de la diagnosis marxista.

Y si esto es cierto para Europa, mucho más cierto es con respecto a América y, especialmente, a América Latina, cuyo sentido vital y profundo es totalmente ignorado, no digamos por el ruso y la Tercera Internacional sino también por el europeo que ha tenido y tiene contacto más inmediato con nuestras realidades concretas. El europeo -hay que repetirlo una vez más- tiene de nosotros una percepción de hipogeo remoto, de museo y de pinacoteca. La propaganda comunista en América Latina es una suerte de galimatías libresco, de caló revolucionario, de monserga simiesca sin repercusión encendida y operante en las masas, pues que no hace sino repetir calcando las cartillas europeas, conceptos y frases, a veces literalmente traducidas del francés o del alemán, de la propaganda revolucionaria de ultramar. Asombra comprobar una ausencia tan compleja de sentido político, una incompreensión tan absoluta del sentido profundo del marxismo y una ignorancia tan crasa de las condiciones privativas de América Latina.

El movimiento socialista seguirá fracasando mientras no aprenda la gran lección de la historia, la honda y vital enseñanza de que cada pueblo tiene sus especiales caminos y que la revolución no se puede estandarizar, como los productos en serie de una fábrica. Entonces habrá llegado a su madurez y habrá dejado de ser narcisista, ese vicio infantil que busca en los demás la devolución de su sombra, desconociendo esa inexorable ley universal cuya norma es que cada individuo o grupo humano exprese y analice su vida sin corseletes extraños, sin ninguna cohibición externa, represiva y absurda.

Sólo entonces -y no antes- los partidos socialistas comenzarán a construir el socialismo asumiendo el

supremo poder del Estado y haciendo intervenir a la inteligencia como elemento acelerador de la etapa política, porque, como dijo Marx, *no sólo se trata de conocer el mundo sino de transformarlo*. En esta frase se encuentra toda la praxis revolucionaria marxista y su sentido pragmático más radical. No se trata del ocioso y bizarro alarde de pura especulación, como si ésta fuera un fin en sí misma y no un medio o instrumento al servicio de la vida; no se trata del conocimiento por el conocimiento mismo, sino de una ciencia que señala un camino y un método, de un conocimiento para la acción revolucionaria y transformadora, del hombre consciente de la tarea que tiene por realizar como principal factor dinámico de la historia. Mas, para ello, es preciso que el movimiento socialista mundial haya salvado la etapa de autorreflejo, es decir, que haya entrado en sazón y que haya dejado muy atrás ese nativismo pueril que se busca a sí mismo en las fuentes, en los regatos y en los arroyos del contorno como los hombres infantiles y primitivos.

II

EL RADICALISMO DEL CASO AMERICANO

Es preciso conocer América y ser un latinoamericano, consciente y pensante de sus realidades, para comprender con la necesaria diafanidad que en América la tarea revolucionaria no es sólo, como en Europa, destrucción de un régimen político, social y económico para reemplazarlo con otro más adaptable y más flexible a las nuevas condiciones del hombre contemporáneo. Quien plantee la cuestión, como en este último extremo, con ese simplismo mental que busca generalizar a costa de las realidades concretas, no habrá comprendido en su esencia la amplitud y la significación del problema, y por consiguiente, estará incapacitado para orientar y conducir un movimiento tan rico, frondoso y sorprendente. De este simplismo adolecen todos los partidos comunistas y socialistas de América y, de allí, su fracaso irremediable, como lo han reconocido importantes publicistas.

Necesario es comprender que el proceso revolucionario latinoamericano es, sobre todo, el surgimiento, desde el caos, de un mundo nuevo; el nacimiento de una modalidad política, social y económica que, por primera vez, debe darse en la historia del mundo y que, sin embargo, se ciñe de una manera maravillosa a la genial sistematización científica de Marx. En Europa, la revolución, por más radical que sea, tiene que asentarse sobre la tradición viva y fluyente del hombre europeo, es decir, sobre la experiencia secular de una cultura ya realizada y madura. Hay un sedimento espiritual y político del cual no puede

prescindirse y que condiciona y determina sus realidades presentes y futuras. En América, no hay tradición alguna original y propia, porque la vida latinoamericana, durante los cuatro o cinco siglos de su existencia, no ha sido sino el espectáculo del europeo y del indio moribundos, disolviéndose y descomponiéndose bajo la acción y la presión de las fuerzas telúricas del Continente. Ya hemos dicho en páginas anteriores, que por eso América ha sido un mimo, un calco, es decir, un *bluff* de la vida institucional y cultural de Europa. Y no puede haber tradición en América, como no lo hay en una criatura que emerge apenas del claustro materno.

Es curioso que las llamadas extremas izquierdas de América sean las que menos hayan comprendido este sentido radicalizado de la revolución latinoamericana, este sentido creativo que va mucho más allá de todos los extremos verbales y teóricos de su propaganda, porque es un sentimiento eminentemente fundamental. Es paradójico que el marxismo reformista, oscilante y dubitativo, esté representado por los partidos comunistas -bajo la égida y la tutela de la Tercera Internacional- que creen que la revolución latinoamericana puede seguir el mismo camino, como una simple variación de etapa económica, que en los países europeos. Leed, si no, para comprobar este aserto, los documentos de los congresos y asambleas comunistas, testimonios de una ingenuidad tan simplista que ni siquiera sospechaban la ingente magnitud de la revolución latinoamericana.

Hasta aquí, el orden cultural de América ha sido una yuxtaposición superficial y mimética de la estructura cultural de Europa. Ha constituido una presión externa y periférica, una compulsión impuesta y proyectada desde afuera y no surgida y emergida desde el fondo anímico y profundo de nuestro pueblo. En realidad lo único vernacular y auténtico de América ha sido y es, en cierto sentido, la estructura cultural pretérita que dejaron las civilizaciones autóctonas, lo que vale decir, una estructura anacrónica, sin correspondencia directa con la actualidad, sin acción ni reacción contemporánea, sin recíproco juego de influencias, sin vigencia histórica. Constituye el resplandor mortecino del ayer, la energía inducida del pasado que todavía nos galvaniza, constriñendo y ahogando todas las vivencias dinámicas del presente, todas aquellas fuerzas de potencia forjadora. Este hecho que para nosotros es capital- se ha traducido en nuestra vida como una dislocación, como una quiebra oscilante y discontinua, como una incongruencia que ha repercutido siempre, negativamente en la existencia global de América.

Este hecho nos revela, también, con definitiva claridad, por qué la vida americana ha sido tan epidérmica,

tan carente de una verdadera sustantividad espiritual. La contraparte americana de las corrientes y movimientos culturales del Viejo Mundo han sido grotescas falsificaciones, sin vitalidad y sin fuerza creativa alguna. Hemos constituido, como se ha dicho tantas veces, hasta un grado inverosímil, las imágenes que se proyectaban del otro lado de los mares. Hemos tenido una vida superficial porque no hemos sido capaces de llegar hasta nuestra alma. Nuestra infancia, como todas las infancias, ha sido una etapa desvalida que se ha nutrido de sombras simiescas.

En ninguna parte como en América, la revolución tiene un tan pleno sentido de creación. Debemos extraer desde él caos un orden social, económico, espiritual y jurídico, sin ningún sedimento cultural previo como en Europa, que puede servir de basamento. Hablamos en el sentido más profundo de la frase. No bastan la perfección y la eficiencia técnica, que, para serlo en su sentido real deben surgir de los estratos más hondos del espíritu, deben tener su raíz en la actitud cósmica y en el contorno telúrico de una raza, de un pueblo y de una cultura.

La conciencia de este hecho fundamental debe ser el punto de partida de nuestra revolución. Sería fatal para nosotros que no llegara a impregnarse en el pensamiento y en la acción de las nuevas generaciones. Esta conciencia servirá, como alma de hierro, como esqueleto aceraado, que ha de imprimir el impulso energético necesario y en torno del cual se aglutinarán los hechos subalternos y menores, las acciones y los pensamientos que sirven de vehículo al ingente proceso creativo de América. A veces la responsabilidad de una generación se resume en la menor o la mayor claridad con que percibe y comprende un hecho capital, una idea-fuerza directriz, porque ellos la conducen, con entera seguridad, sin dubitaciones peligrosas, en el vasto y complejo laberinto de la historia.

2º. EL SENTIDO VITAL DE LA REVOLUCIÓN INDOAMERICANA

I

ALFABETO Y GRAMÁTICA EN LA HISTORIA

Se ha dicho y se ha repetido, luego, con bastante insistencia que existe en el proceso de la historia y, singularmente, en aquellas etapas de gran tensión creadora, una recíproca acción, una interacción constante entre el hombre y su época, entre el individuo y su contorno histórico, entre la personalidad y su ambiente social. O hablando en términos más concretos, que tanto como el hombre suscita los acontecimientos, cuando éstos plasman las personalidades individuales.

Esta afirmación es cierta en determinado sentido. En

el sentido de que épocas y hombres, acontecimientos y personalidades son la expresión directa, la traducción morfológica de una posibilidad histórica, de una realidad en potencia, cuya consumación puede acelerarse o retrasarse según la cantidad y la calidad de acción inteligente y significativa que involucren los hechos o que desplieguen las individualidades eminentes. No pueden caminar señeros y aislados dos elementos complementarios que realizan la misma tarea, los cuales, por fuerza, tienen que accionarse, penetrarse,, como los líquidos en los vasos comunicantes, influirse mutuamente, como vehículos que son de una misma energía creativa.. No hay historia independiente y objetiva del hombre, ni hay hombres, en principio, y en el sentido absoluto del concepto, intemporales, desligados del acontecer histórico. Cuando se habla de hombres *ahistóricos* se quiere expresar, simplemente un sentido de relatividad, significando que son mejores o peores, más finos o más groseros instrumentos de expresión de su tiempo. Y cuando se habla de hombres *antihistóricos*, se habla de casos patológicos que se niegan a si mismos, a la manera cómo las células enfermas que son *antiorgánicas* dentro del conjunto funcional de un organismo y que, por lo mismo, confirman la regla general que debe ser la salud.

Y en cuanto a que pueda existir una fuerza histórica objetiva aparte del hombre, como un todo colectivo, con existencia periférica e independiente, es una cuestión que no puede resolverse porque no conocemos más historia que la que se realiza y se expresa a través del hombre y, en todo caso, carecemos de los órganos de conocimiento o de percepción necesarios para aceptarla. Más adelante volveremos sobre otros aspectos de este tema, que contribuirán a aclarar y precisar nuestro pensamiento.

Quedamos, pues, en que, gracias a los hombres y a los hechos que son sus órganos de expresión, se realiza la historia, como gracias a la existencia de los seres y de las leyes cósmicas y universales se realiza la vida en toda su vasta significación. Hombres y acontecimientos son el alfabeto, la gramática de la historia. Así como reuniendo las letras se forman las palabras y reuniendo éstas se expresan los pensamientos, así, también, los acontecimientos, los hechos, los hombres y las personalidades hacen la composición gramatical que expresa una época, una etapa, una modalidad histórica dada.

II

SUBSTANCIA OBJETIVA DE LA HISTORIA

Pero, si en la realidad viva y fluyente no podemos separar la historia de sus instrumentos de expresión, podemos, sí, por un esfuerzo de abstracción metodológica,

como opera la Anatomía con los tejidos, o como hace el microscopio con las células, desligarla, por un momento, de su fluencia y, en este sentido, se puede afirmar, que acontecimientos y personalidades son meros instrumentos de la historia y no la historia misma. Ambos se suscitan, se aclaran, se definen, se realizan porque ambos son órganos de una misma energía creadora. Tanto como las personalidades partean a los hechos, éstos partean a las personalidades. Tanto como engendramos a los acontecimientos, éstos nos engendran a nosotros. Somos a la vez filiación paternidad; hijos de los sucesos y padres de ellos. Procreamos y nos procrean espiritualmente.

Empero, ¿Cómo se engendra lo que expresan los acontecimientos y las personalidades? ¿Cómo se engendra la posibilidad y la potencia misma de la historia?

Podemos encontrar un símil que nos lo explique en la dialéctica marxista y más particularmente en el fenómeno económico. Así como las relaciones de producción y de cambio son independientes de la voluntad aislada de los hombres, no obstante de que son la creación de ellos mismos como estructura colectiva, toda la sustancia íntima de la historia, toda la trama esencial del espíritu, toda la superestructura del pensamiento y de la inteligencia, son autónomos del hombre mismo como voluntad individual, como fuerza operante, aislada y unitaria. La personalidad está sujeta a este determinismo que ha sido engendrada por el hombre como colectividad, como energía orgánica, como espíritu grupal, como herencia universal y humana. No somos, pues, creadores, ni son los hechos, sino en el sentido de que somos fieles traductores o expresadores de estas fuerzas dinámicas que son la médula perennemente fluyente de la historia.

No podemos negar, sin embargo, que hay épocas en que la iniciativa espiritual de una individualidad o de un conjunto de individualidades creadoras se perfilan con una acentuación extraordinaria sobre el devenir de los acontecimientos. No se trata de una teoría o de una hipótesis sino de un hecho observable hasta para los entendimientos menos penetrantes. Son aquellas épocas o momentos en que se cambia el ritmo ordinario de la vida colectiva y la fluencia histórica parece enderezarse hacia una ruta desconocida. Asistimos, entonces, a una mutación radical que parece contradecir la inspiración colectiva de los acontecimientos.

A nuestro entender hay aquí un equívoco que es preciso discriminar. Existe la sugestión colectiva de la rutina, sugestión siempre epidérmica, consagrada en el carácter de las instituciones y en los tópicos circulantes de la literatura y de la filosofía, que recela la esencia íntima de un pueblo que está pugnando por expresarse y que no acierta

a encontrar sus instrumentos de expresión. Esta esencia íntima permanece soterrada, pero operante, sin embargo, de un modo invisible, hasta que surge una personalidad o un conjunto de personalidades que ponen en evidencia y que articulan con entera claridad, lo que antes parecía vago impreciso y desarticulado. No es difícil demostrar el carácter eminentemente popular de todos los grandes genios de la historia y algo nos dice acerca de esta obra del Dante, de Shakespeare, de Cervantes. Ellos son, pues, los órganos biológicos de una época que verifican una realización histórica que se concreta no sólo en ideas, como suele creerse, sino en emociones, en actitudes vitales, en instintos, en fuerzas irracionales, en reacciones telúricas. Es decir, son la expresión de un nuevo hombre integral, en su carne y en su espíritu, en sus pasiones y en su alma.

El ejemplo más ingente de la sugestión antiviral que ejerce sobre los pueblos el tópico cultural circulante, nos lo ofrece la vida de América, durante los cuatro siglos posteriores a la Conquista. El hombre culto americano ha sido un ser excéntrico, desplazado de su núcleo telúrico y de su contorno biológico, de alma agostada y sumergida en una atmósfera cultural que no era la suya. El pueblo, todo lo rudimentario que se quiera, no participaba hondamente en ella, porque la estructura racional del ambiente no traducían ni expresaba sus más profundas preocupaciones vitales que permanecen aún vagas, imprecisas, pidiendo una articulación que ha de llegar a su hora. Su acento vital íntimo se dislocaba ante los órganos de expresión que eran extraños, que habían sido impuestos fuera.

El genio siempre es el resultado de la vitalización de la masa, sin cuya impregnación energética carecería de toda virtualidad creadora y, por consiguiente, de toda articulación histórica, verdaderamente profunda.

III

IDEA, PERSONALIDAD Y HEROÍSMO

Insistimos en lo que hemos expresado en ensayos anteriores. Las ideas, para ser vivas, para tener vigencia contemporánea, para ser viables, es decir, para tener beligerancia histórica, es preciso que surjan de las condiciones económicas, sociales, biológicas y espirituales de la época y que, luego, se encarnen, como energía emotiva y racional, como voluntad de realización, como proselitismo político, como creación ética y estética en las individualidades y temperamentos mejor dotados y capacitados para su expresión. Quiere decir, que las ideas para tener eficacia histórica y creativa deben correr la aventu-

ra personal, deben realizar la peripecia dramática y aun trágica de una vida o de un conjunto de vidas, deben impregnarse y sumirse en las vidas individuales y heroicas. De lo contrario, son ideas muertas, congeladas en la teoría y en el sistema, ahogadas en la mera especulación ideológica. Y esto es lo que marca la distinción entre la idea revolucionaria o realista y la idea utópica; entre la idea que surge de la realidad social y a la vez, la transforma y la supera, y la idea que queda flotante en el aire sin tomar carne en el dolor y en la tragedia de la historia.

Toda idea viva tiene que ser una aventura problemática y carnal, y tiene que ser una heroicidad porque arranca del ser total del hombre como impulso de expresión y de realización. Se suele tener ideas, como se poseen zapatos, muebles o automóviles, sin que el hombre se comprometa en su totalidad. Ideas como baratijas que en un día de fiesta se exhiben cual cosas “preciosas”, ante la puerilidad y la tontería de las gentes y, otro, se dejan olvidadas en el desván más astroso de la casa. De estos “hombres de ideas” ha habido, simples, en América Latina, cosecha abundosa. Ideas pegadas a ellos como costras o como pringue, que nada tenían que hacer en el drama de una vida. Y si generalizamos un poco, la vida cultural latinoamericana, ha sido, también un muestrario de baratijas europeas que, un día u otro, dejábamos en las pinacotecas de las universidades, muertas, bien muertas porque nunca vivieron en nosotros. Ideas que no arrastraron un dolor, que no suscitaron una cuita, que no empavesaron un entusiasmo o un frenesí creativo, que no se rajaron -para usar un mejicanismo expresivo- en las angustias de la acción; que no envolvieron una gota de sacrificio y de sangre y que no “rompieron” su verdad en las baldosas de la calle multitudinaria.

Pero, volvamos a nuestras reflexiones. Creemos firmemente que sin las contradicciones económicas, sociales, políticas y espirituales de la época, no hubiera surgido un temperamento político como Lenin, pero, creemos, también que sin él no se habría consumado la Revolución Rusa, pese a las contradicciones profundas y radicales de la época. Es cierto lo que dice Zinoviev en el prólogo a “El Comunismo de Izquierda”: “Lenin ha dicho la palabra decisiva en casi todas las cuestiones. La Revolución de Octubre, en la medida en que en tiempo de revolución puede y hasta debe hablarse del papel de la personalidad, la Revolución de Octubre, digo, y el papel que en ella ha desempeñado nuestro partido son, en las nueve décimas partes, obra de mano de Lenin”. Y luego añade: “Yo no puedo figurarme lo que hubiera sucedido si no le hubiéramos tenido en aquel momento... Sólo Lenin podía soportar este peso y los que al principio vacilaban tuvie-

ron que seguirle. El solo, salvo, a Petrogrado, a Rusia, a nuestra Revolución. Hoy habrá ya pocos sabios que se atrevan a reírse todavía de la teoría de la espera de Lenin. Hoy estamos seguros de que era el único camino bueno: ceder espacio al enemigo para ganar tiempo”.

No quiero vigorizar con esta cita el fetichismo del grande hombre o el mesianismo del caudillo. Es preciso afirmar, hasta la saciedad, que el genio nada puede hacer surgir de la nada, si no se hallan en su contorno social los elementos necesarios e indispensables para su expresión o autorrealización. En este sentido, es apenas ejecutor, si así puede hablarse de los designios de su época y el de su pueblo. Simple vehículo a su vez de expresión y de realización de una etapa; simple coordinador del pensamiento y de la acción de numerosas personalidades; simple fuerza aglutinante y convergente en el sentido de un objetivo social.

El hombre superior lo es, en tanto se mantiene fiel en pensamiento y en acción, en idea y en sacrificio, en conducta y en responsabilidad a los imperativos de su misión histórica. El hombre superior es siempre cronológico; no es un ser intemporal en el sentido de quedarse al margen de los acontecimientos, a la vera del tiempo y de la historia. Su grandeza, su única grandeza, reside precisamente en eso. De allí que todo hombre realmente grande sea el hombre de una disciplina interna en su significado creativo: de una fe, de una pasión ejecutora, de una emoción operante, de un servicio humano colectivo.

Esta pasión y esta emoción son objetivas, aunque parezca ello una paradoja. Objetivas, en el sentido de que trascienden al servicio y a la liberación de los otros. Es lo contrario del hedonismo personalista y subjetivo del hombre ordinario que es incapaz de rebasar su placer y sus intereses inmediatos, sus deseos y apetencias más cercanas y próximas. Mejor dicho, lo personal, lo que embarga el ser entero del hombre superior, es lo ultrapersonal, lo social, lo colectivo, lo humano.

IV

APRISMO: IMPERATIVO HISTÓRICO

Llega el movimiento aprista en circunstancias en que la nacionalidad peruana estaba sazónada, grávida para su nacimiento. Las condiciones económicas, sociales, morales y políticas lo habían engendrado en las entrañas mismas del pueblo, en los senos profundos de la *intra*historia latinoamericana. El Aprismo no es una teoría intemporal que haya surgido de la imaginación abstracta de un ideólogo; no es una teoría o un sistema académico que haya brotado, por obra de conjuro, como el *fiat lux*, de la nada.

La inteligencia no ha hecho sino constatar la realidad trágica y sangrante que urgía su expresión inmediata. Por ser un movimiento histórico, condicionado por un determinismo económico, social y moral, se nos aparece como una inexorable necesidad o fatalidad biológica. Movimiento profundamente vital que en engendra, igualmente, sus propios instrumentos de realización y expresión, como producto de su pueblo, de su raza y de su época. Y hablo de raza en el sentido cósmico de América y no en el estrecho significado de una tabulación antropológica. Haya de la Torre, en su momento culminante, es el aglutinador político, el punto de convergencia de una generación que polariza el pasado en lo que tiene de vital y el porvenir en lo que tiene de trayectoria humana; en una palabra, la tragedia pretérita y presente, y las posibilidades de transformación. Es el presente social y operante que interpreta y realiza la acción inmediata, eficaz y necesaria. Porque el hombre de una misión histórica es eficaz siempre. En su eficacia y en su necesidad reside toda su virtualidad. Puede no tener el éxito espectacular que el oportunismo simplista reclama a cada paso, o que la codicia burocrática anhela como único fin y sentido de una “revolución”, pero, es eficaz porque ha definido una larga trayectoria histórica, una trayectoria ineludible, un proceso biológico del cual no se podrá ya prescindir en lo sucesivo.

Esto es lo que no quieren o no pueden comprender los “exterminadores” criollos o *autrance*, los exterminadores bufos o siniestros que se figuran que organizando una *razzia* o un *progromo*, organizando la persecución y el asesinato colectivo de algunos millares de militantes apristas, se puede matar un movimiento que ha hecho nacer la fe ciudadana en un pueblo dolorido y sin esperanza de salvación; de un movimiento que por la torpeza política y la crueldad cavernaria del “civilismo” peruano, se ha convertido en una suerte de impulsión mística que a la larga, más tarde o más temprano, cumplirá sus objetivos históricos.

Demuestran una falta absoluta de experiencia histórica y una ausencia también absoluta de perspicacia, quienes se figuran, ingenuamente, que el movimiento aprista es el resultado de la propaganda de sus líderes y conductores. Es pueril afirmar que se puede crear un movimiento artificial del volumen del aprismo solamente con discursos, conferencias y voces de orden por muy elocuentes que fueran. Es como si se tratase de hacer fructificar una simiente en el aire, sin enraizamiento en el terreno social que lo nutre y lo sazona. Más torpe es, todavía, pensar que una prédica demagógica y entusiasta, cuyos efectos son siempre pasajeros y explosivos, tenga la virtualidad

de crear héroes y mártires poseídos de sí mismos, que van a encontrar la muerte con una fe incontrastable; que sea capaz de generar un dinamismo multitudinario que se prolonga ya en un lapso de varios años y que, en lugar de disminuir con el terror, acrecienta su energía impulsora y creativa. La propaganda aprista ha tenido un éxito clamoroso en las masas porque definía y expresaba un estado de conciencia latente en el pueblo. Las personalidades de los capitanes y dirigentes del movimiento no son el producto del acaso sino una imperativa necesidad histórica; son aquellos instrumentos que forja el tiempo y que aparecen con carácter inexorable.

Ha llegado el Aprismo, como llega la primavera o como llega el verano; como brota la flor en su tallo o como madura la espiga. El “civilismo” había colmado la medida y no podía ni puede tener ya virtualidad de gobierno. Fue incapaz de rebasar, en todos los aspectos de la vida nacional, el espíritu de la Colonia. Colonias eran sus hombres, colonias eran sus métodos, colonias eran su acción y su pensamiento político, si puede hablarse de “pensamiento” al tratarse del “civilismo” peruano. La prueba de esta caducidad irremediable se encuentra en que frente a la acción dinámica y transformadora del Aprismo, los gobiernos que se han sucedido hasta aquí no han acertado a oponer sino un programa policíaco, de persecución sistemática, de obturación y de exterminio. Ya sabemos que la debilidad y la incapacidad de los gobiernos que no pueden generar una política constructiva, se amparan, en América, detrás de las bayonetas y de la metralla. Esta es la demostración más evidente de la vitalidad de un movimiento que rebasa la algarada del club político y de la agencia electoral.

V ACCIÓN Y REACCIÓN

La nueva generación peruana ha sido autora y actora del movimiento aprista. Entendemos por nueva generación las promociones juveniles que se suceden desde el año 14 y que comienzan agitar el espíritu público desde distintos ángulos, pero, que convergen hacia un objetivo: la transformación material, política y cultural de la República. La nueva generación es el producto de las condiciones espirituales, morales y económicas del país y, a la vez, la energía impulsora, encauzadora y directora de la nueva etapa. Un determinismo histórico la ha conformado, tanto como ella conforma y plasma los acontecimientos. La caducidad histórica del “civilismo” no sólo no puede resolver ninguno de los problemas capitales de la nacionalidad porque tiene ante sí la fuerza dinámica del

Aprismo, que rompe su ritmo *al ralenti* que se confunde casi con la inercia, sino porque ésta ha planteado, desde el punto de vista contemporánea, el vasto problema de la Revolución Indoamericana. Era una distensión o atirantamiento insólito que venía a quebrar la línea trillada y muelle de su rutina política. La lucha se planteó de súbito, cuando menos lo esperaban las dominantes facciones tradicionales, fuera del marco del mero turno electoral. Fue para el “civilismo” una suerte de colapso mental o psicológico -del cual aun no se repone-, que le impidió asimilar el nuevo impulso que surgía. “El Comercio”, al dar cuenta en unas pocas líneas, de las primeras manifestaciones apristas, lo hizo en un tono de marcada sorna con-miserativa, como si se tratara de una simple algarada juvenil y explosiva sin repercusión ni contagio posible. Pronto hubo de rectificarse, iniciando entonces una campaña artera, rebotante de saña siniestra, como si descubriera de pronto una fiera rampante en trance del salto poderoso. Pero, el “civilismo” no asimiló las fuerzas morales y espirituales del adversario y, por consiguiente, no pudo combatir las eficazmente. Tomó el peor camino en las circunstancias políticas del momento: la represión violenta. Era lo que le faltaba al Aprismo para acrecentar su fuerza multitudinaria y asentar en los brazos de la masa su trayectoria revolucionaria. En este sentido, se puede afirmar que la mejor de la obra, la tarea decisiva, la cumplieron, inconscientemente, sus adversarios. Se ahorraron varios años de adoctrinamiento y de lucha pertinaz. Desde entonces, la victoria política de Aprismo fue incuestionable. Lo que los partidos revolucionarios en otros países lograron a través de varios lustros de brega, el Aprismo lo obtuvo en un año, más aún, en unos cuantos meses. Desde el gobierno, las oligarquías mismas plantearon la insurrección civil.

Desde el año 1923, Haya de la Torre habla de que “ha de llegar la hora de la gran transformación”. Haya no se engañaba porque sabía la forma primitiva en que el “civilismo” reaccionaría frente a un vasto movimiento nacional. La mentalidad feudal y colonial de las facciones dominantes, carentes de toda flexibilidad política, no era la mejor garantía para una transformación histórica incruenta. A partir de la guerra europea, la inteligencia peruana, en sus personalidades más representativas, que figuran ahora en los cuadros militantes del Aprismo, revelan una inquietante y profunda emoción social. Ya en Trujillo, en el año 16, los universitarios y la juventud intelectual se sienten solidarios de las reivindicaciones proletarias. Desde entonces, se suceden los primeros choques con la policía en las calles y se organizan las primeras grandes huelgas en el Valle de Chicama.

El Aprismo viene a precisar, a servir con punto magnético de fuerza, a trasfundir en un vasto estremecimiento multitudinario, este nuevo estado de conciencia. Al caudillismo militar y personalista sucede el héroe civil, que es innumerable, que es la masa misma que se deja matar heroicamente en las trincheras de Trujillo, que se triza en las mazmorras del frontón, de la Intendencia y del Real Felipe, que agoniza en las selvas infernales del Satipo y del Madre de Dios, que cae en los fusilamiento clandestinos bajo los muros de Chan Chán, que se abate en los asesinatos de Huaraz, Cajamarca, Cajabamba, Ayacucho y Huancavelica; que mueren, en fin, cantando la Marsellesa de los fusilamientos de los marineros de la Escuadra en San Lorenzo. Es el héroe civil de la nueva América.

Nunca, creemos, que la ergástula, en ningún país de América, aun bajo el despotismo tenebroso de Juan Vicente Gómez, haya realizado una tan salvaje acción represiva. Lo que ha ocurrido en el Perú, durante estos últimos años, está esperando aún su narrador, su poeta y su trágico, para ser trasportado al plano del arte. Y su Goya, para revivir y eternizar en el lienzo los gestos y las escenas macabras de los fusilamientos ante los muros milenarios y prehistóricos de Chan Chán, con todo su horrible y grandioso simbolismo histórico.

Un nuevo factor ha entrado en la escena nacional y este factor es el pueblo. La presencia del pueblo, como fuerza dinámica en la historia de un país que no ha salvado su etapa feudal, es la presencia en la libertad y de la justicia en marcha. Cuando esta fuerza adquiere sus lineamientos definidos y el suficiente volumen operativo, la transformación social llega, tiene que llegar arrollando todos los obstáculos. Se habla de la volubilidad de las masas en política y esta volubilidad es cierta cuando se trata de simples turnos electorales, pero no cuando se trata de un gran movimiento histórico, de una fe profunda en los destinos superiores de un pueblo, de un movimiento que envuelve una empresa cultural y que es comprendido y sentido por la masa como una tarea de salvación nacional. La mediocre miopía “civilista” confía demasiado en esta volubilidad de las masas para sus fines de predominio y ésta es su tremenda tragedia. Los grupos dominantes se encuentran ciegos y sordos ante los signos y las voces del tiempo. Hay una poderosa fuerza en marcha que solamente es invisible para aquellos que están atacados de irremediable daltonismo histórico. El “civilismo” tiene un concepto estático de la política y esa incompreensión o negación de la historia como fuerza dinámica, lo llevará, lo está llevando, de modo irrecusable, hacia su caída definitiva.

Y este despertamiento de la masa, este equipamiento ideológico y emocional para la lucha por la liberación; esta discriminación y precisión de sus objetivos históricos, ha sido la obra de la juventud aprista. Tanto como ella es la resultante de las más hondas aspiraciones y reivindicaciones del pueblo, es, también, la forjadora de la nueva conciencia.

VI LA MÍSTICA DEL MOVIMIENTO

No hay, ni ha habido nunca una tarea de gran envergadura histórica, no hay siquiera una obra puramente individual si esto es posible en el rigor del término- con cierta profundidad fecundidad y trascendencia humana, que no haya sido movilizadora, a ventada, impulsada por una fuerza espiritual, por una mística. Cuando el cristiano del Imperio Romano se lanzaba al sacrificio y a la muerte en las fauces de las fieras del Circo, cuando organizaba clandestinamente su acción apostólica y proselitista en las Catacumbas; cuando desafiaba la represión brutal de los pretorianos y la prepotencia de los Césares, estaba inspirado y movilizado por una fuerza o conjunto de fuerzas internas que representaban, buscando un símil físico, la tensión impulsiva del arco sobre la flecha.

En la época contemporánea el caso más extraordinario de una fuerza mística que impulsa un gran movimiento de transformación social, nos la da, sin duda alguna, el pueblo ruso y allí reside, ciertamente, su dilatada trayectoria histórica. Para el ruso de hoy día, la construcción del socialismo, la realización de una sociedad sin clase, la liberación del hombre del sistema capitalista que lo entraba en su expansión vital, en beneficio de una clase periclitada ya históricamente; la educación y forjamiento de un nuevo tipo de hombre para el porvenir, son algunos de los resortes internos que, unidos al temperamento especial del eslavo, a los instintos vitales más hondos de su raza, a su actitud espiritual y cósmica, a todas las fuerzas irracionales, telúricas y biológicas que estructuran su organismo síquico, constituyen la tensión creadora de la revolución de octubre. La gran obra de Lenin y de los revolucionarios de octubre ha sido encarnar la teoría marxista en el alma del pueblo moscovita, hacerla llegar a los estratos síquicos más profundos de la masa y darle su movilización dinámica y creadora. Si los principios marxistas no hubieran traspasado el plan racional y lógico del sistema, si Lenin no hubiera sido la encarnación del marxismo en el pueblo ruso, no habría sido ese oportunista genial que sale de Suiza con el propósito de “realizar la etapa pequeño-burguesa del liberalismo democrático” y

que, al pisar la tierra rusa, convulsionada y acezante, proclama la dictadura del proletariado y firma la paz de Brest-LITOWSK. Tan ruso era el caudillo de la Revolución de Octubre, que un camarada extranjero dijo de él “que llevaba siempre consigo el olor de la tierra rusa”. Sólo un ruso pudo realizar, en verdad, la transformación Rusa.

Si nos preguntamos ahora, pasando de la esfera histórica o empírica a la del concepto racional: ¿qué es una mística?, nos responderemos en seguida; es el conjunto de móviles o fuerzas internas que impulsan a los pueblos y a los hombres a realizarse en su plenitud; a consustanciarse a cada paso, con su misión personal o colectiva, con el objetivo ideal que se han propuesto. Cuando Jesucristo dice: “Sed perfectos como lo es mi Padre que está en los cielos”, señala la trayectoria de la mística cristiana. Idéntico valor tiene la aspiración del hindú al sumergirse en el Todo y, también, el anhelo del budista para alcanzar el Nirvana.

Ciertamente, lo que nos revela la gran pulsación histórica del movimiento aprista, es la presencia en su seno de un conjunto de fuerzas internas que operan, volviendo al símil anterior, como la tensión del arco sobre la flecha. Es lo que constituye su poderosa entraña vital y lo que lo ubica dentro de las grandes empresas históricas. El aprismo se siente como un instrumento histórico de la nueva América, como el forjador del nuevo hombre que necesita el Continente para alcanzar su expresión más íntima y original, como el adalid antiimperialista del Nuevo Mundo; como el órgano biológico necesario para trasmutar en una unidad, las contradicciones y antinomias más profundas del Continente; como una fuerza constructora en medio del caos y de la dislocación jurídica, social, económica, moral y política de nuestros pueblos; como una energía combativa contra el estacionarismo suicida y la rutina feudal de las oligarquías dominantes, como el instrumento histórico de una nueva cultura que inicia su marcha creadora.

Es absurdo pretender que unos cuantos demagogos sean capaces de crear artificialmente este conjunto de fuerzas internas, sino respondieron a una realidad esencial; fuerzas internas que han comenzado a movilizar las masas en una formidable mística de la acción, que las lleva a aceptar la muerte cantando. Claro que las masas no pueden delinear racionalmente en su conciencia, con toda precisión, estas fuerzas que las impulsan; pero, ellas las llevan en alas de su emoción, ellas las viven en la lucha y las sufren en el sacrificio cotidiano; ellas las intuyen con la aguda penetración del pueblo que ésa es su misión histórica; ellas, en fin, les dan vida, les dan carna-

tura vital con una fe honda en que ése es su destino trascendente.

Sin estas fuerzas internas hubiera sido imposible en un país tropical que ha pasado siempre por veleidoso y toronado, por escéptico e indolente, crear un movimiento que. Desde hace varios años, es objeto de la represión más terrible y siniestra que se registra en la historia de América Latina. El Aprismo ha creado un a fe y so es lo importante. Crear una fe dentro de un pueblo y de una raza sin brújula, es demarcar un derrotero claro, es canalizar la totalidad de sus fuerzas espirituales y materiales hacia un objetivo.

VII LA UBICACIÓN MARXISTA ANTIIMPERIALISTA

No se puede plantear hoy la revolución, cualquiera que sea el pueblo de la tierra, desde el punto de vista contemporáneo, sino dentro de los marcos teóricos y prácticos del marxismo, así como no se puede plantear, para la ciencia astronómica ningún problema que no parta de la concepción heliocéntrica del Universo. Las ciencias sociales y económicas han superado ya sus antiguas concepciones y, por eso, el marxismo es el camino y el método científico de la revolución. Es la poderosa arma racional y lógica de lucha puesta en mano de las masas revolucionarias. Es el esclarecimiento preciso de la marcha de la historia por el juego racional de las fuerzas de producción y de cambio. Pero, el marxismo no es cartabón rígido, ni recta congelada, sino instrumento flexible y elástico que rebasa toda fórmula o plantilla cortada a patrón y media geometría. Para nosotros, la prueba de fuego que ha sufrido el marxismo -y de la cual ha salido airoso- es su adaptabilidad o aplicación a la realidad de la América Latina y de los demás países, económica y políticamente coloniales del Asia y del Africa. Y decimos que ha sido la prueba de fuego, porque, científicamente, la etapas económicas no se han desarrollado en estos países, dentro de un proceso normal y correlativo, como ha ocurrido en Europa. Ya se ha dicho y de ha demostrado hasta la saciedad, que América Latina y, dentro de ella, cada uno de los países que la integran, es una mapa de economías contiguas y coetáneas, que se extienden desde la etapa primitiva del salvaje hasta la etapa industrial del imperialismo, pasando por las etapas intermedias con todas sus variantes y matizaciones exclusivas. De esta suerte, el capitalismo no llega a América Latina, como en Europa, dentro de un proceso natural, sino por rebasamiento imperialista, por derrame y compulsión periférica de los grandes países

industriales sobre las “zonas de influencia”. Y de esta suerte misma, el capitalismo que en Europa consume la revolución democrático-liberal, en América Latina es el aliado del oligarquismo y feudalismo políticos, que no son sino desorden económico, desorden moral, dislocamiento jurídico, caos y atraso sociales. Este hecho comporta problemas privativos y específicos de América Latina y, por consiguiente, la revolución no puede plantearse, como en Europa, sino en distinto plano teórico y práctico. El cambio y las tácticas de la revolución latinoamericana tiene que ser, por ello, distintas de las que preconizan el socialismo y el comunismo en los grandes países capitalistas, generadores de la máquina y de la gran industria.

Sin duda, la aportación doctrinaria y la crítica de Haya de la Torre en este sentido, ha sido decisiva. Es el primero que estudió y dio, con admirable precisión, el problema marxista de la revolución latinoamericana. Apartándose de la delicuescencia académica y libresca con que se pretendió mimetizar en América la plantilla revolucionaria de Rusia; apartándose del verbalismo maquinal y automático del trópico que ha tendido siempre a una imitación literal. Haya de la Torre se pone a estudiar seriamente la realidad económica, política y social de nuestros pueblos y sólo entonces surge la doctrina aprista que se encarna, luego, en una vasta fuerza multitudinaria.

Nadie que tenga la frente despejada puede negar hoy que el imperialismo es el hecho central de la economía latinoamericana, de una manera mucho más exclusiva, absorbente y específica que en el resto del mundo. El imperialismo es el fenómeno mundial, pero, en ninguna parte de potencia más absoluta y esclavizante para la producción nacional, como en nuestros países. Por lo tanto, el problema de la revolución en América Latina tiene que comportar una teoría y una praxis antiimperialista. Es el arma científica que el marxismo pone en manos de sus masas revolucionarias. Hasta hoy, el Estado seudoliberal latinoamericano, Estado-democrático de similor, Estado Pastiche, que no ha sido otra cosa que el imperio del oligarquismo feudal, que se ha cotizado incondicionalmente a las inversiones imperialistas. El imperialismo ha puesto y ha quitado congreso y gobiernos, como marionetas de escenario bufo, según convenía a sus intereses y a sus planes de penetración. No ha habido, pues, democracia liberal y parlamentaria en nuestros pueblos en el sentido europeo, salvo tal o cual intento tímido, débil y temporal.

Y si hace falta el testimonio imparcial de un extranjero calificado, oigamos lo que dice el francés Andre Sieg-

fried, en diversos pasajes de su obra “América Latina”:... “la arbitrariedad se inserta, sin obstáculo, en un cuadro verbal de arbitrariedad”; ... “la historia política de América Latina, aun la actual, está llena de violaciones constitucionales, de las que no puede decir que sean únicas, ya que parece son cometidas lo más fácilmente del mundo”. “La América tiene demasiadas (constituciones) porque el texto libera a las conciencias, más aún desde que no los liga, y desde que se siente satisfecha de lo que está escrito, sin preocuparse mucho de lo que ello es el fondo. Yo no he oído hablar de la constitución sino en esos países donde diariamente se la viola. Eminentes juristas discuten seria y concienzudamente, la significación de los textos de los cuales se burlan los políticos, y si uno se sonríe, los doctores señalan con el dedo los artículos que son garantía del Derecho”;... “el ejercicio del Gobierno consiste en algunas operaciones esenciales, a la vez simples y brutales. No hay allí ningún sentimiento de interés general, nada de opinión pública”. Para realizar un programa de gobierno hay dos condiciones indispensables: Artículo primero, tener a la fuerza armada y asegurarse su fidelidad, pagándole bien; Artículo segundo, poseer los recursos financieros suficientes para aplicar el artículo primero”. “Son impresionantes las ruinas morales que los regímenes tiránicos dejan tras de sí. Uno piensa a pesar suyo, para transportarla al dominio civil en la famosa frase: “*Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant*” (donde hacen un desierto dicen que han establecido la paz).”

El sentido esencial de la revolución latinoamericana tiene que ser de un carácter democrático antiimperialista. De allí, la concepción del Estado-antiimperialista, que no sea un Estado aliado y cómplice del imperialismo industrial, al cual, no encontrándose en estos países resistencias vitales que lo condicionen y mantengan dentro de sus límites naturales y biológicos, absorbe totalmente las energías de nuestros pueblos, practicando algo así como un drenaje económico que lo succiona, y dejando a su paso un pauperismo que apenas puede concebirse en países tan ricos, tan vastos, tan poco poblados y tan ingentemente dotados por la Naturaleza. Es Estado antiimperialista tiene que ser, pues, un Estado-Defensa de las masas productoras latinoamericanas, porque el imperialismo es una etapa de la economía mundial capitalista a la que no es posible suprimir por decreto, como tantas veces se ha dicho. Su desaparición está íntimamente ligada a la revolución mundial, es decir, a la revolución de los grandes centros industriales.

No cabe, en los límites de este ensayo, la exposición detallada de la teoría aprista sobre tópicos tan interesantes como la función revolucionaria de nuestras clases

medias, por ejemplo, tan radicalmente distintas de las clases medias europeas y norteamericanas. Quien desee conocer, en toda su amplitud y significación, el concepto filosófico aprista, debe remitirse a los numerosos estudios que se han publicado al respecto, y, sobre todo, al libro de Haya de la Torre. “El Imperialismo y el Apra”, obra fundamental en este sentido⁽¹⁾.

VIII LA ENCARNACIÓN VITAL

Se ha afirmado que el simple planteamiento de un problema envuelve su solución. El punto de partida lleva implícito el camino e incluso la meta, como la semilla contiene el árbol y el fruto. Un ser vivo es problema que se plantea al momento de su nacimiento, pero, un problema que arrastra dentro de sí todos sus desenvolvimientos ulteriores y finales. En las transformaciones de la historia ocurre lo mismo. El grande hombre es el que acierta con la fórmula precisa, con el planteamiento exacto de una época, cualquiera que sea su forma de expresión; estética, ética, social, científica o política. Gracias a un buen planteamiento, los movimientos colectivos, los acontecimientos adquieren un sentido definido y creador.

Una ideología cualquiera podrá ser el instrumento, el método o el camino de una transformación, pero, no, la transformación misma. Muchos espíritus superficiales creen, ingenuamente, que con “El Capital” de Marx en la mano, se pueden hacer todas las revoluciones del mundo. Confunden el instrumento o herramienta con la obra. Una ideología no es sino el fundamento racional, el emplazamiento lógico y científico de una revolución. Lo es, también con respecto a una cultura, pero, no es la cultura misma. Se suele confundir la parte con el todo, el instrumento de expresión con la cosa que se expresa. Una revolución es algo más complejo y siempre ha rebasado los linderos racionales que se le asignaban de antemano. De allí sus sorpresas súbitas, y las frecuentes desilusiones de los mismos revolucionarios al consumir y concretar en realidad lo que se proponían.

Ya hemos dicho que para una idea o conjunto de ideas tengan eficacia revolucionaria deben encarnar en el alma y en la vida total de un pueblo. Deben asimilar su vibración interna y consustanciarse con su pulsación vital. De lo contrario, son ideas cadavéricas que penden en el aire, como pompas de jabón. Que el planteamiento racional del Aprismo ha sido exacto, nos lo revela la experiencia de varios años de lucha, en que el movimiento ha adquirido un volumen y una fuerza creadora que no sospecharon las oligarquías dominantes. El Aprismo no es sola-

mente un partido político sino una empresa espiritual y de cultura. Es, también, un movimiento ético de vasta envergadura multitudinaria. Esa es la prueba irrecusable de su acertada ubicación lógica, Las ideas corren dentro de los sentimientos y éstos dentro de las ideas.

El fracaso de los partidos socialistas y comunistas en América Latina se debe a que no han sabido insertar el marxismo en las condiciones privativas de América, en el alma del Continente. Así lo ha confesado Bunge en la Argentina con respecto al Partido Socialista. Han buscado adaptar la plantilla europea a la realidad latinoamericana y, claro, era imposible plasmar dentro de un cartabón exótico, la movilidad y la fluencia de nuestros pueblos. Cometieron el mismo error que todos los partidos “tradicionales” que trasladaron los patrones europeos, sin lograr infiltrarlos en el alma de América. Recordemos otra vez, el ejemplo ya clásico de la Revolución de la Independencia que se hace bajo la advocación de los principios de la Revolución Francesa, que en Europa realiza la democracia liberal, y en nuestros países consolida el feudalismo político y económico. No bastan las ideas y teorías; es preciso que éstas vivan en los hombres y tomen cuerpo carnal en la tragedia, en la estructura emocional y vital de los pueblos.

Los partidos han solido formular programas excéntricos y periféricos, programas que pretendían, desde fuera -iloco intento!-, transformar las realidades. Y así cada programa se convertía en una excrescencia ideológica que vivía a costa de la salud vital de los pueblos. En el Perú -y el ejemplo vale para toda la América Latina-, cada faraute universitario volcaba en sus programas políticos, con una pedantería enciclopédica, todos los principios más avanzados del derecho constitucional de la hora y se figuraban que con ello hacían una revolución. No hemos olvidado, todavía, el caso típico de avacismo ideológico y académico, que se dio con el Partido Nacional Democrático o Futurista de Riva Agüero, para acabar en el ultramontanismo cavernícola de la “Acción Patriótica”.

El éxito del Aprismo hay que buscarlo en el hecho profundo de haber acertado con el planteamiento racional exacto de la revolución latinoamericana y en haberlo movilizad con el conjunto de todas las fuerzas biológicas, culturales, históricas, morales, síquicas, emocionales y telúricas del Nuevo Mundo. Es decir, que la acción del Aprismo surge de adentro hacia fuera, del centro hacia la periferia. Sin este hecho quedaría sin explicación plausible un movimiento -el primero de tal envergadura en nuestros pueblos- que ha sido capaz de realizar en pocos años una transformación tan radical y de tan potente energía en las juventudes y en las masas de un país que

parecía sumido para siempre en el colapso colonial. No, los grandes hechos históricos no se producen por casualidad, sino que obedecen a un conjunto de fuerzas, de las cuales ellos son la traducción y la expresión visible, tangible y externa. Constituyen, lo repetimos, el alfabeto, la gramática que emplea el lenguaje cultural y espiritual de una época, de un pueblo, de una raza de un continente. Quien sepa leer en ellos con la suficiente clarividencia, tiene, en realidad, en sus manos la clave del provenir.

IX

VICTORIA POLÍTICA

Cuando surge el Aprismo, a la caída de Leguía en 1930, no tiene frente a sí un verdadero adversario político en el sentido propio de la palabra. La pugna política es la ficción de dos o varias concepciones del Estado o del gobierno del Estado. Es decir, que la fricción política se produce por concepciones diferentes del Derecho y la Justicia sobre las que se fundan y giran las instituciones del Estado o por simples métodos que deben emplearse en la Administración Pública.

En el primer caso, nos encontramos ante una transformación o revolución. En el segundo, ante un mero proceso o turno electoral en el gobierno. El “civilismo” peruano carece de una concepción del Derecho y no tiene, tampoco, un método de administración. El democratismo liberal de que hacen gala sus hombres representativos y que vegeta como letra muerta en el texto de las constituciones, es algo hipotético y gaseoso, un simple *bluff* jurídico que no tiene realidad práctica, ni ha tenido nunca realidad histórica viva en las instituciones del Estado. Sólo hay apetitos desalados y primitivos, venalidad desapoderada y voraz. El privilegio y la holgura de un grupo de familias; la miseria y la explotación de la gran masa del pueblo. No hay estructura legalitaria alguna que rijan en la práctica la vida colectiva. Es el caos primordial.

La victoria política del Aprismo fue inmediata, casi instantánea. De norte a sur de la República corrió, con eléctrica celeridad, un gran estremecimiento multitudinario. Movimiento espontáneo que surgió de la entraña misma de la masa, como el brote gallardo de un surtidor, al romperse la pétrea resistencia de la superficie. Hubo una fruición mística en el corazón de las multitudes oprimidas. La ciudadanía entonó, en extensas masas corales, la Marsellesa de la libertad civil. En realidad, no fueron los líderes del Partido los que crearon este galope dinámico del espíritu nacional. Ellos fueron instrumentos pasivos, casi sin autonomía mental, de ese hervor que emergía del centro a la periferia de la Nación. Su valor histórico consiste, precisamente, en haber eliminado, en ese

momento supremo, sus personalidades individuales, constituyéndose, de esa suerte, en dóciles vehículos del movimiento.

La victoria política del Aprismo tuvo, desde el primer momento, un carácter tan ecuménico, que el “civilismo”, para llevar al Poder a Sánchez Carrión, hubo de mixtificar, en grande escala, el sufragio electoral; y Benavides, para sustituirlo, tuvo que ampararse, contra los preceptos expresos de la Constitución vigente, en una Asamblea Parlamentaria amputada y estrangulada. La fuerza política del Aprismo se revela y surge con más nítida claridad, cuando, pocos meses después, el gobierno de “la paz y la concordia” apelaba a los mismos métodos que su antecesor y retrocedía ante la fuerza política de sus adversarios, cuyo volumen electoral le obligó a dilatar, varias veces, con medrosa reiteración, los plazos señalados para las elecciones. Fue el signo y la demostración más evidente de la debilidad del “civilismo” ante la voluntad y el sufragio popular. Una vez más el Aprismo había vencido políticamente a la vieja casta oligárquica.

El “civilismo” impotente no tuvo otra alternativa que apelar a la persecución policíaca y a las bayonetas del Ejército. Era los únicos instrumentos que podrían prolongar, todavía, por algún tiempo, su agonía en el Poder, mientras se organizaba y estructuraba la insurrección civil. A todas las prefecturas de la República, que habíanse convertido en meras oficinas ejecutoras del plan represor del Gobierno Central, se impartió la consigna del exterminio. La consigna se cumplió a sangre y fuego. Millares de hogares peruanos fueron hollados y estropeados por la policía. Innumerables víctimas han pagado con su sangre, su fervor revolucionario; centenares de apristas han sido violentamente deportados; las cárceles y las prisiones se colmaron literalmente de presos. Toda la prensa de oposición fue suprimida; cancelados los derechos de reunión y asociación.

Durante varios años el clima revolucionario del Perú fue vigorizando su tensión operante. En el Perú ha ocurrido un proceso inverso al de otros países. Han ocurrido para ello factores históricos complejos. Y el caso del Perú es el caso, a nuestro entender, de toda la América Latina. Efectivamente, durante las dos pasadas décadas, los golpes de Estado revolucionarios en todo el mundo vinieron siempre a culminar y completar la victoria política de los partidos insurreccionales. Desde el Poder, por compulsión de la fuerza, de ha consumado el triunfo político de la insurrección. En el Perú, la victoria política ha precedido al golpe de Estado y a la captura del Poder. En la actualidad, el problema del Aprismo no es ya un problema político sino un problema de distinto orden.

Este hecho es muy significativo para la futura estructuración del estado peruano. No se trata de una minoría revolucionaria, como lo fue, al comienzo, en Rusia o en Italia, la que debe dictar la ley a la Nación. Es la Nación misma que se yergue para romper el privilegio, la usurpación y el abuso de una minoría sin fuerza política alguna. En puridad de verdad, no puede tratarse de la dictadura de una clase, porque la revolución ha sido consumada por una alianza de clases, sino de una Democracia con miras y orientación colectivistas, muy lejana, por cierto, del sistema típico de la democracia liberal al uso. Ni Rusia, ni Italia, ni Alemania; ni Stalin, ni Mussolini, ni Hitler, sino América. La América Latina con sus condiciones excepcionales y específicas en la cual los partidos revolucionarios no tienen precisamente, que destruir una estructura jurídica secular o un partido o conjunto de partidos que representen una realidad política y una ideología conservadora, porque no existe ni lo uno ni lo otro, sino que tienen que crear, por primera vez, una ordenación jurídica frente al caos primordial; frente a la arbitrariedad, al desorden y a la explotación feudales; frente a las fuerzas ciegas, negativas y casi zoológicas del Continente.

X EL HOMBRE-ACCIÓN

Si el ergotismo sudamericano, ergotismo escolar y pueril que juega con las ideas, como el hombre primitivo o salvaje juega con los espejuelos y baratijas de la industria, quiere darse todavía el gusto de discutir la formulación racional y lógica de la doctrina antiimperialista, puede imaginar todas las réplicas racionales posibles. No hay sistema racional o lógico que no puede ser objetado. El curialista de aldea lo sabe demasiado bien cuando defiende una mala causa o cuando quiere despojar de su terrenito al campesino ingenuo. Contra la doctrina aprista de Haya de la Torre se sigue y se seguirá aún ergotizando en América Latina. Se erguirán, lo que he llamado en un ensayo anterior, las viejas y las nuevas “larvas mentales”, congeladas, estáticas y cadavéricas, que circula en *snobismo* académico y europeo en las pinacotecas de las universidades. Pero, lo que nadie podrá negar es la acción trascendente y fulgurante que desarrolla desde el año 23. Allí está con su dilatada reverberación para las pupilas de menor tabulación óptica. Cuando la marea de ergotismo subía y rebasaba la medida en algunas ocasiones, Haya de la Torre exclamaba siempre, a pesar de su gran talento polémico: “*Yo no discuto, yo hago*”. Y efectivamente. Haya de la Torre ha hecho. No hay otra réplica para la acción

del Jefe del Aprismo, que otra acción de igual o superior nivel vital.

América Latina ha encontrado en Haya de la Torre su hombre de acción. Desde hace cien años no de ha producido, entre nuestros pueblos una actividad operante de tal trascendencia y de tal envergadura. Par encontrarle su par, es preciso ir hacia los grandes capitanes de la Independencia. Y -hecho profundamente simbólico de la época- él no moviliza, como fuerza esencial, las bayonetas y los cuarteles; moviliza en primer término, las fuerzas civiles de la Nación, hace surgir, como ya lo hemos dicho, el héroe civil. El martirologio aprista está rebosante de héroes de la masa anónima, que están reclamando su Plutarco para una nueva serie de Vidas Ejemplares.

En la Independencia se movilizaron, principalmente, las armas y los batallones, el criollismo aristocrático de los terratenientes, en cuyo beneficio se cumplió la revolución y, después, por contagio sentimental, las masas civiles. Fue, ante todo, una empresa militar contra España. El héroe o el caudillo hubo de salir de las filas cuarterías. El militar estuvo, entonces, a la altura de su misión histórica, se consustanció con las aspiraciones del pueblo. En esta vez, se movilizan las masas, las fuerzas políticas y productivas de la Nación y se traza un plan económico y de cultura. La segunda Independencia no puede realizarse de otra manera. Que esta lucha es más larga y quizás más cruenta que la otra, no cabe duda. Allí están los hechos para atestiguarlo y las manchas de sangre que tiñen ya el país de norte a sur. En América nos ha perdido siempre la acción mimética del pasado y los espíritus superficiales y apresurados esperan la solución, la salvación, de donde no vendrá, de donde no puede venir.

En otra oportunidad hemos señalado cómo Haya de la Torre es, en su individualidad más profunda, como todos los hombres representativos de América Latina, la trasmutación en un todo unitario, de las contradicciones y antinomias del Continente. Dijimos también, que el nuevo hombre de América era -para buscar su símil fisiológico- el resultado de la asimilación, de la conjugación, de la digestión vital de dos mundos antitéticos a través de cuatro siglos de ficción pugnativa. El nuevo hombre de América es el nuevo órgano biológico que necesita el Continente para articular su destino. De pocos se puede afirmar con igual certeza, que encarnen y realicen esta concepción como el Jefe del Aprismo. No es cosa ya de insistir más sobre estas ideas expresadas en otro lugar y que bastan para arrojar suficiente luz y comprender una de las personalidades más interesantes y sugestivas de América.

XI EL EQUIPO ENERGÉTICO

Una empresa de cultura no puede ser ni ha sido nunca la obra de un hombre. Son precisas muchas capacidades para plantear, abrazar y recorrer una trayectoria histórica. La eficiencia vital de un movimiento se mide por su virtualidad de suscitación, de procreación y de fecundación espiritual. Cuando un pensamiento permeabiliza las conciencias juveniles impulsándolas a la creación, es signo cierto lo que encierra dentro de sí una vigorosa continuidad histórica. Esta tarea de fecundación la realiza el movimiento aprista en un grado extraordinario. Lo prueba, el fervor creativo de la juventud peruana de hoy. Y no la juventud de una clase social determinada sino la juventud de todas las clases. El despertamiento de la conciencia juvenil obrera, sobre todo, es un espectáculo de intensa fuerza emocionante. En el transcurso de esto últimos años han surgido jefes y conductores obreros que han demostrado, en el pensamiento y en la acción, una singular capacidad operante y creativa. Esta es la mejor comprobación de que nos encontramos ante un movimiento de larga y extensa resonancia histórica.

Nada revela más la energía juvenil del Aprismo que el fervor y la disposición decente que se concitan en las prisiones y en las cárceles entre los presos políticos. Todos estudian y todos enseñan. Apenas llega una etapa de persecución y la prisiones comienzan a colmarse de presos, automáticamente se organizan grupos pedagógicos, asociaciones de estudio, círculos de lectura, planes de conferencia, seminarios de cultura. En el Frontón, donde las condiciones de los presos eran peores que en cualquier otro presidio, conocimos a un adolescente, casi un niño, que cubierto de harapos, estudió y aprendió el inglés y el francés durante quince meses. En los últimos días del internamiento saboreaba con delectación su Shakespeare y sus clásicos ingleses y franceses. Cito este caso, no porque sea único, sino porque es frecuente. Se dictan cursos enteros de historia, economía, literatura, filosofía.

Ocurrió el caso simbólico, durante el mando de Sánchez Cerro, que mientras la Guardia Republicana deambulaba por los claustros silenciosos de San Marcos, en el Frontón, en la Intendencia, en el Real Felipe y aún en las prisiones selváticas del Satipo y el Madre de Dios, se abrían los estudios. Durante esos quince meses siniestros y vergonzosos, los únicos órganos de alta cultura en el Perú fueron las cárceles. Hecho paradójico, pero, también, preñado de significación y de energía.

Había entre los internados un tal *élan*, un tal impulso de “capacitación”, que a veces tocaba las lindes del frenesí. Se juntaron varias promociones de hombres que sentían, no solamente en su espíritu, sino hasta en su misma carne, el imperativo de prepararse para la construcción futura. Parecía que el tiempo venía corto y que era preciso ganar las horas de la vida; que el porvenir los llamaba a la construcción y a la forja de un pueblo. Este estado de tremenda tensión interna acabó por hacerse natural y cotidiana, un verdadero clima de cárcel.

Así se explica el estoicismo con que los presos soportaban el terrible régimen carcelario. Hay escenas que la pluma se resiste a describir para no retrotraer la angustia de esos días de pesadilla. Ha de venir, sin duda, el narrador que gane para el arte y para la ejemplarización de las generaciones futuras, toda la grandeza dramática y trágica de esta vida que dejó, que está dejando aún, tan copiosas y tan hondas enseñanzas.

XII

EL PRIMER ALZAMIENTO CIVIL

No puede faltar en un estudio del Aprismo, aunque esquemático como el presente, una interpretación del primer alzamiento civil, que da la nota tónica del movimiento. Interpretación que sirve, en sus lineamientos generales, para todos los alzamientos sucesivos que se producen después. Nos referimos a la insurrección del 7 de julio del año 32 en Trujillo y las insurrecciones de Cajamarca, Huaraz, Ayacucho y Huancavelica. Si es preciso tomar un símil de la revolución de la independencia debemos proyectar nuestra atención hacia las rebeliones precursoras de Pumacahua y Túpac Amaru. Semejante, el escenario dramático y grandioso de la insurrección; semejante el heroísmo y el denuedo de los rebeldes; semejante la tremulación trágica, la represión brutal y salvaje, el desencadenamiento de los instintos inferiores y crueles de los represores. Baste recordar que el mismo día de los fusilamientos y asesinatos en masa, se realizaba en la Prefectura de Trujillo, en un ambiente de pálido terror, un baile orgiástico sobre la sangre humeante y los sesos aún palpitantes de las víctimas.

a) NECESIDAD DE UNA INTERPRETACIÓN

La historia, más que relación escueta de los hechos, significa experiencia colectiva, experiencia social. Los acontecimientos nada nos dicen, si no sabemos trabajarlos y concordarlos en un sentido determinado. Los hechos para constituir significado histórico deben ser como eslabones que se engarzan en una cadena, que, a su vez, une

los extremos de una ruta. El hilo interior que los traba es imponderable e invisible a los ojos físicos, pero, es substancial y positivo a los ojos de la inteligencia, a la segunda vista del espíritu.

Si prescindimos de esta médula íntima que da coherencia al acaecer, los hechos no significan nada por sí mismo. Son como las cuentas sueltas de un rosario, muertas y estériles en su aislamiento, o como los paisajes que se reproducen atropelladamente en una cámara fotográfica.

La experiencia histórica presupone una interpretación de los hechos. Sin interpretación no hay experiencia. Por eso, para el hombre primitivo no había historia porque era incapaz de discernir los acontecimientos. Poseía únicamente una memoria pictórica de los sucesos, a la manera como los distintos aspectos de un paisaje se reflejan en la lenta fotográfica. Conciencia rudimentaria de imágenes sucesivas y aisladas que se desvanecían o se deformaban sin dejar la decantación de su esencia significativa.

Para el hombre primitivo o para el hombre actual sin sentido histórico, los hechos no se relacionan ni se conectan unos con otros. Diríase que están separados por tabiques impermeables y que la presencia de cada uno de ellos fuera brusca, señera, intransferible.

Los acontecimientos del 7 de julio están clamando por una interpretación, están pidiendo su interpretación histórica. Debemos definir y esclarecer la médula vital que engarce los diversos hechos y les dé una coherencia y una significación global.

b) LOS FACTORES ECONÓMICOS

En ninguna región del país de da, como en Trujillo, la realización más típica del fenómeno imperialista. Grandes latifundios y concentraciones de tierras por el capital extranjero para el cultivo de la caña de azúcar. El azúcar, en un momento dado, adquiere precios exorbitantes y la mano de obra es sumamente bajo en relación con los salarios que se pagan en los demás países. La explotación capitalista adquiere entonces caracteres extremadamente álgidos. La guerra europea que en la industria mundial, salvo en algunas ramas de la producción bélica, determina una depresión considerable de las ganancias, en el Perú significa la multiplicación de los panes y de los peces. Es el país de El dorado auténtico, el país del ensueño capitalista. Algunas compañías extranjeras, alemanas principalmente, amenazadas por el bloqueo de los aliados, toman una nominación jurídica nacional. De esta suerte se salvan de la “lista negra” inexorable. Y mientras los países vencidos en la contienda mundial se precipitan

en la crisis económica, las compañías amparadas antes bajos sus banderas encajan en sus arcas ganancias ingentes. Mientras muchos presupuestos nacionales latinoamericanos arrojan déficits considerables por la incapacidad de sus sistemas administrativos de gobierno, los capitales privados de origen extranjero centuplican sus intereses.

El gobierno de Leguía que debió aprovecharse de las condiciones excepcionales que le brindaban las circunstancias, no acertó a hacer otra cosa que contratar empréstitos. El empréstito, entonces, era fácil, sobre todo en Estados Unidos, que salió de la guerra de 1914 realizando un espléndido negocio. La riqueza de un mundo que se desangra, afluyó a Norteamérica. Su problema capital, a diferencia de los demás países, no era ya de adquisición sino de inversión. No se trataba de un problema económico, propiamente dicho, sino de un problema financiero. Así como el problema negativo de inflación fiduciaria estaba matando a los demás países beligerantes, el problema positivo de inflación de oro, era una seria amenaza para los Estados Unidos por exceso de riqueza metálica. Se hacía preciso invertir el oro acumulado.

En tales circunstancias, para Leguía fue fácil la contratación de fuertes empréstitos. Es cosa elemental en economía, que capital que no se invierte influye en pérdida segura. El capital como Saturno, si no prosigue su impulsión dinámica, se devora a sí mismo. El capitalista de ve obligado por su máquina a comprar otra máquina, a desarrollar su producción en una manera indefinida, a ser el esclavo de su producción.

Trotsky ya dijo, en los albores de la Revolución Rusa, que en tanto los países europeos se agotaban por inflación fiduciaria, Estados Unidos agonizaba por inflación de oro. El empirismo y la ignorancia criolla creó la leyenda fantástica del talento financiero de Leguía, que no hacía otra cosa que obtener empréstitos onerosos.

El trabajador de Trujillo estaba señalado por condiciones especiales de la región a soportar, también, de una manera específica, la explotación imperialista. Los salarios con la guerra del 14, no experimentaron ningún mejoramiento apreciable y las condiciones de trabajo se mantuvieron en un nivel inferior.

El imperialismo capitalista no fue, entonces, con respecto al trabajador de Trujillo, una simple teoría, sino una tragedia en carne viva. Antes que la idea entró en él la experiencia realista. Una sería de huelgas y luchas por sus reivindicaciones generó y reparó en él, el espíritu revolucionario. Si en torno a la fábrica, también, se genera el espíritu de rebelión.

c) DOS GENERACIONES ANTAGÓNICAS

Al lados de los factores económicos de carácter privativo, específico y acaso regional en su máxima exacerbación existen, también, los factores espirituales, intelectuales, vitales de una nueva conciencia. La misma inquietud espiritual que surge en la Reforma Universitaria de Córdoba, se traduce, igualmente, en la juventud de Trujillo a partir de 1916. Inquietud que totaliza una articulación continental. Las nuevas generaciones latinoamericanas sienten, frente a la cultura del Viejo Mundo, la necesidad, la inexorabilidad de que América se exprese a sí mismo; de que América deje de ser el antagonismo de dos culturas para presentarse como un total unitario y original, para trasfundirse y permutarse en un nuevo hombre y, por consiguiente, en una nueva modificación del espíritu.

La juventud universitaria de Trujillo fue uno de los primeros equipos que sintieron agudamente este imperativo en el Perú. Allí surgieron Haya de la Torre y muchos de los que después formaron en las vanguardias más dinámicas y combativas del movimiento. Es la primera generación con auténtica emoción social en el Perú. Después, como proyección de este foco inicial, se agrupan, en una acción y un ideario comunes, las juventudes de Lima, Cuzco, Arequipa, Puno, Cajamarca, Chiclayo.

Esta generación tiene como precursor el pensamiento de Manuel González Prada. Tiene más que todo, la ejemplarización de su vida inmaculada, enérgica, infatigable. Es una generación anticolonial y, por consiguiente, anticivilista. Representa la reacción de una nueva conciencia contra los viejos métodos, contra las viejas rutinas, contra los vicios inveterados y la explotación de la Colonia, cuya proyección en la República está constituida por el "civilismo" oligárquico.

A partir de este momento, dos modalidades de conciencia, distintas y antinómicas, se colocan frente a frente en la vida total del país. Se orientan, desde un ángulo nuevo de visión, todos los problemas de la nacionalidad; el problema político, el problema social, el problema económico, el problema universitario, el problema cultural, el problema agrario y del indio, el problema financiero.

Es ya la juventud aprista que comprende y siente su vinculación espiritual, económica y política con todos los demás países de Indoamérica; es la nueva generación que asume su tarea, su misión y su significado continentales.

A partir de 1916, asistimos a la discriminación, a la expresión y fijación de sus postulados políticos y éticos; a la formulación y precisión de sus objetivos concretos e inmediatos, a la vez que a su vinculación multitudinaria, a su vinculación profunda con la masa peruana.

El pueblo de Trujillo que había asistido a la eclosión de este movimiento desde sus primeros pasos vacilantes, que lo había visto crecer y fortalecerse, que le había dado la semilla vital primigenia, fue, también, el pueblo, en cierta manera predestinado a rendir su primer contingente de sacrificio y de sangre. Sólo así se comprende, en su significado más profundo, el fervor con que millares de hombres del pueblo dieron su vida. Los mismos jefes y oficiales de las tropas que asaltaron la ciudad reconocieron la bravura indomeñable y casi sobrehumana con que se batieron en las trincheras los revolucionarios del 7 de julio. Verdaderos héroes civiles que murieron por una idea, por una doctrina, por una empresa ideal.

Con tal calidad de material humano se puede construir uno de los pueblos más grandes de la historia. Todos los elementos necesarios se encuentran en ese plasma heroico que es capaz de alcanzar las mayores expresiones del espíritu. El levantamiento de Trujillo nos trajo esta revelación formidable. Fue en verdad, el escenario

epopéyico de mucho dolor y de la más desgarrante tragedia, pero, también, el canto, la diana de la Nueva América, que anunciaba al mundo las posibilidades maravillosas del Nuevo Continente.

Los hombres que de alguna manera fuimos los primeros vehículos de este movimiento, sabemos ahora, con entera certidumbre, con prueba experimental irrecusable, su formidable y positiva trayectoria hacia el porvenir. El resto son los episodios y contingencias de la lucha que nos inquieta mayormente. Un nuevo hombre y una nueva conciencia están en marcha. Y éste es y será nuestro principal objetivo.

NOTAS

- (1) Haya de la Torre acaba de publicar su libro "Espacio, Tiempo Histórico", que avanza una explicación más profunda de la realidad indoamericana y que partiendo del Marxismo y de la Teoría de la Relatividad, formula la filosofía política más original que se haya producido en nuestros pueblos. Véase para mayor información mi artículo "La teoría del Espacio - Tiempo Histórico", publicado en "La Tribuna", el 17 de abril de 1948.